



Sociológica, año 14, número 39,
Reforma institucional
y gobiernos locales
Enero-abril de 1999

Imaginario nacionalista y fútbol en la prensa costarricense. Con manos de tierra y corazón de león

*Sergio Villena Fiengo **

RESUMEN

Partiendo de la premisa de que, en Costa Rica, el fútbol ha sido convertido en un importante espacio ritual de celebración y exaltación nacionalista, en este ensayo se explora la articulación semántica entre crónica deportiva y épica nacionalista. El abordaje de esta temática se realiza atendiendo a una de sus dimensiones específicas: la forma como, a través del discurso de la prensa deportiva, ciertos ídolos deportivos se convierten en la reencarnación banal de los arquetipos heroicos que un imaginario nacionalista de corte populista y conservador ha canonizado como la condensación en estado puro del ser costarricense.

Por inverosímil que sea, nadie había ensayado hasta entonces una teoría general de los juegos. El babilonio es poco especulativo. Acata los dictámenes del azar, les entrega su vida, su esperanza, su terror pánico, pero no se le ocurre investigar sus leyes laberínticas, ni las esferas giratorias que lo revelan.

J. L. Borges, *La lotería de Babilonia*

Si, por puro afán heurístico, sustituimos en el epígrafe “babilonio” por “tico” y “azar” por “fútbol”, tendremos un párrafo que, me parece, resumiría con bastante precisión la importancia que tiene ese deporte en la vida de los costarricenses, así como el relativamente

* Coordinador Académico en la Secretaría General de la FLACSO, con sede en Costa Rica. El autor agradece a Yanitsia Guzmán, por su valiosa colaboración en la recopilación de la información periodística que se utiliza en este ensayo.

escaso interés que los practicantes de las ciencias sociales le han prestado como objeto de estudio.¹ Ese anodino estado actual de las cosas, empero, no conjura mi esperanza de que, como sucedió en la Babilonia de Borges, un buen día brote en estas tropicales y húmedas tierras un súbito y generalizado interés epistemológico por conocer las “leyes laberínticas” y las “esferas giratorias” que rigen y revelan ese deporte. En espera de ese improbable día, este ensayo tiene la pretensión de desarrollar algunas ideas especulativas sobre las aún obscuras relaciones entre fútbol e identidad nacional en Costa Rica, explorando los mecanismos por los que ese deporte-espectáculo ha sido convertido, por un sector importante de la prensa nacional, en un importante artefacto cultural orientado a la “educación moral y cívica” de quienes habitan ese país.

Con el propósito aclarar la pertinencia del problema que me preocupa, así como los alcances de este ensayo, presentaré, en primer lugar, algunos argumentos sobre la importancia que tiene la construcción de modelos ejemplares para la conformación y reproducción de las identidades nacionales. Posteriormente, analizaré un acontecimiento específico que permitirá, espero, demostrar cómo, gracias a la labor del periodismo deportivo, el fútbol en Costa Rica ha sido convertido en un importante (re)productor de arquetipos nacionalistas. Finalizaré este ensayo con algunas reflexiones generales sobre las articulaciones entre fútbol y nacionalismo establecidas a través del discurso periodístico en este mismo país, así como realizando algunas comparaciones entre los rasgos que se atribuyen a los ídolos deportivos en Costa Rica y otros países latinoamericanos.

La nación y sus héroes arquetípicos: consideraciones teóricas

El nacionalismo es una forma particular de identidad colectiva que constituye, según Smith (1997), el mito comunitario de mayor vigencia en la actualidad. Su especificidad respecto de otras formas de identidad colectiva se debe a que, en primer lugar, es una identidad territorial. Sin embargo, a diferencia de otras formas de identidad espacialmente delimitadas, lo nacional define a una comunidad cultural que, sobre la base de criterios finitos y soberanos, se articula a una comunidad política (el Estado) más allá de los espacios locales, definidos por un tipo

¹ Se han realizado, hasta ahora, tres investigaciones sobre el fútbol en Costa Rica, una de corte sociológico (Cubillo, 1986), una desde la comunicación social (Carballo, 1990) y otra de carácter historiográfico (Urbina, 1996). Por mi parte, he escrito un ensayo exploratorio sobre la relación entre nacionalismo y fútbol (cf. Villena, 1996).



de interacciones predominantemente *face-to-face*: la comunidad nacional es una comunidad en anonimato (cf. Anderson, 1993). Así, los Estado-nación son comunidades históricas que tienen un componente cultural (étnico o primordial) y un componente político –cívico o contemporáneo; ver Geertz (1990) y Habermas (1989)–, los cuales se combinan en proporciones distintas para conformar una nacionalidad: el primero otorga identidad y el segundo ciudadanía.

Pero la articulación entre las comunidades políticas y las comunidades culturales es a menudo problemática, ya que sus fronteras rara vez coinciden. Por eso, entre las principales tareas que se proponen los estados está, a partir del desarrollo selectivo de ciertos elementos a los que otorga la dignidad de patrimonio nacional, la constitución de comunidades culturales relativamente homogéneas en su interior, y diferenciadas lo más posible hacia afuera. Para generar esa comunidad de sentido, que haga vinculantes y legítimas las directrices políticas del Estado, éste, pero también sectores civiles que conforman la *intelligentsia* nacionalista, inculcan en “su” población sentimientos nacionalistas sirviéndose de variadas tecnologías que operan utilizando un amplio arsenal simbólico que comprende la lengua, las tradiciones, la alta cultura y todo lo que sea susceptible de alcanzar la dignidad de símbolo patrio. Esta tarea es realizada desde una abultada red institucional que abarca ministerios, sistemas educativos, museos, ejércitos, medios de comunicación y otras organizaciones que podríamos englobar en lo que Althusser denominó aparatos ideológicos del Estado.

Ahora bien, se ha destacado que una de las paradojas del nacionalismo deriva del contraste entre su pobreza filosófica y su amplia aceptación (cf. Anderson, 1993). Ello es posible porque la adhesión o las lealtades hacia la nación tienen, antes que una fundamentación intelectual, una dimensión emotiva-existencial: la constitución de sujetos nacionales requiere mecanismos de socialización que se basan en sentimientos, antes que en razones y en argumentos. Esa función la cumplen los rituales, definidos como aquel modo de conducta colectiva de carácter simbólico, que se repite regularmente con el fin de dotar de sentido de trascendencia comunitaria a los miembros de la colectividad, obviando –y a menudo reforzando– las diferencias cotidianas que en el plano funcional-estructural existen entre ellos. La organización interna del ritual y los símbolos que se movilizan generan una alta dosis de tensión psicológica (de ahí que sea común el uso de alcohol, drogas u otros estimulantes), que “desarma” intelectualmente a los participantes, tornándoles particularmente receptivos a la interiorización de sentimientos de pertenencia comunitaria. Con el propósito de fortalecer su efecto integrador, los rituales a menudo son estructurados sobre la base de dramatizaciones de los efectos perversos de las tendencias disgre-

gantes. Por su carácter “igualador”, de conjunción (Lévi-Strauss) o de *communitas* (Turner), los rituales constituyen situaciones sociales extraordinarias (cf. Villena, 1998: 96-97).

Los rituales generan un proceso de identificación de los individuos con la sociedad, mediante la adquisición de mapas cognoscitivos y lealtades sociales, que hace posible la definición de la singularidad del grupo respecto a sus similares y la adhesión al colectivo de los individuos que son sus potenciales miembros. La urdimbre de las identidades puede considerarse, en esta perspectiva, un proceso de elaboración-difusión-adquisición de arquetipos sociales, de tipos ideales, que cristalizan o condensan, en estado puro, todo aquello que se considera distintivo del “ser colectivo” y, por contraparte, de los “otros”. Estos modelos arquetípicos, con fines didácticos, continuamente reencarnan en héroes, próceres, prohombres y otros personajes ejemplares, cuyas hazañas son narradas una y otra vez en rituales conmemorativos que, movilizandando las energías psíquicas de los individuos, tienen como fin inspirarles; esto es, generar en ellos una profunda identificación con el patrón de comportamiento ideal (considerado propio del grupo), otorgando así continuidad a la comunidad y transcendencia a la existencia individual de sus miembros (ver Anderson, 1993; Smith, 1997 y 1998; Gutiérrez, 1998; entre otros).

Entonces, la construcción de identidades nacionales requiere la elaboración de modelos, en los dos sentidos que tiene el término: de arquetipos esenciales del ser nacional (es decir, de tipos ideales orientados a condensar y “representar”, de manera simplificada, aquello que se considera la singularidad de lo propio), y a la vez, capaces de inspirar y, por tanto, de motivar la adherencia comunitaria, según un patrón de conducta específico, de los individuos que cumplen los requisitos de pertenencia: son modelos ejemplares, un “deber ser”. Además de esta dimensión moral, que se agrega a su dimensión cognoscitiva (categorial) ya señalada, los arquetipos poseen una dimensión emocional que consiste en brindar una identidad gratificante: la alquimia nacionalista es capaz de convertir cualquier rasgo propio en una virtud, el plomo en oro; el nacionalismo —señala Billig— es un espejo de narciso (cf. Billig, 1998). Estos modelos son artefactos culturales que exigen un andamiaje institucional que haga posible su elaboración y actualización permanente: toda nación tiene sus propios mitógrafos y divulgadores.

Los arquetipos son fecundados por una *intelligentsia* nacionalista que cultiva las bellas artes y/o el folklore, y son aprendidos por las nuevas generaciones en rituales cívicos gracias a la labor de los agentes de socialización; una vez interiorizados por los miembros de la sociedad, se convierten en un *habitus*, en guías inconscientes del actuar. El



estudio de cada nacionalismo histórico debe, por tanto, indagar acerca de los rasgos particulares que constituyen las virtudes del arquetipo nacional, así como también investigar, en una perspectiva diacrónica, sobre las fuentes que los inspiran y los espacios institucionales en que se elaboran, las figuras en que continuamente reencarnan y las formas que asumen los procesos de su transmisión ritual hacia la sociedad.

Pues bien, con base en las consideraciones anteriores, mi hipótesis es que, en Costa Rica, el futbol se ha articulado “sentimentalmente” al nacionalismo y los espectáculos deportivos masivos se han convertido en rituales celebratorios de la nacionalidad. Me interesa aquí explorar empíricamente esa articulación en una de sus dimensiones: la importancia que tiene el futbol como artefacto cultural orientado a la “educación moral y cívica” de los costarricenses. Tomando prestado un concepto de Geertz, en un ensayo anterior (cf. Villena, 1996) aventuré la hipótesis de que en Costa Rica ese deporte, y más concretamente los futbolistas profesionales, han sido convertidos por algunos agentes de la socialización popular, en especial por ciertos sectores de la prensa deportiva, en el “centro ejemplar” de la sociedad, esto es, en modelos de conducta para las nuevas generaciones.

Así, para el conjunto de la sociedad, los espectáculos futbolísticos cumplirían la importante función de espacio ritual celebratorio de lo nacional—tal vez el principal, desde la perspectiva de su alcance masivo, intensidad emotiva, continuidad y frecuencia temporal— sobre todo a partir de la —en el contexto local—, memorable actuación de la selección nacional en la fase final del mundial de 1990, en Italia.² Esta funcionalización es posible porque tales espectáculos presentan, por su organización institucional, su carácter competitivo, y su rentabilidad económica, condiciones ritualizantes altamente favorables para su utilización en narrativas nacionalistas orientadas a la socialización masiva de los miembros “anónimos” de la comunidad “tica”.³

² La práctica del futbol en Costa Rica se inicia hacia 1900. En 1903 ya había sido incorporado a los festejos cívicos de fin de año (Enriquez, 1996) y el 11 de abril de 1909, la conmemoración de la Batalla de Rivas, principal acontecimiento cívico nacional de la época —y aún de hoy—, incluyó un *match*, el cual fue presenciado por el presidente de la República en turno, a quien le fue dedicado el juego (cf. Urbina, 1996). La primera selección nacional se formó en 1921, debutando en el primer campeonato centroamericano, el cual se realizó en Guatemala, como parte de las actividades de conmemoración del Centenario de la Independencia de los países del istmo. El triunfo, de manera invicta, de esta primera selección, marca el inicio de la exaltación nacionalista a través de la crónica deportiva, misma que tiene sus momentos más altos con la “epopeya” de los “chaparritos de oro” en los años cincuenta y queda consagrada con la participación de la “sele” en Italia ’90, cuando, en su primera participación en una fase final de la Copa Mundial, clasifica a octavos de final.

³ Sobre la institucionalización del futbol cabe señalar que la Federación Costarricense de Futbol se crea en junio de 1921 y la formación de los primeros clubes data de inicios de este

La densa red simbólico-discursiva que circunda al fútbol, (re)producida y puesta en circulación por los *mass media*, se ha convertido en uno de los principales medios por los cuales los habitantes de estas tierras *aprehenden* y hacen suyos los rasgos morales e intelectuales que han sido consagrados como propios del costarricense por la retórica nacionalista: es al ser interpelados en términos de ciudadanos-aficionados (y cada vez más, de consumidores), que éstos se constituyen en sujetos nacionales, en “ticos” (cf. Villena, 1996 y 1998). Los medios de comunicación masiva potencian/intensifican la articulación entre fútbol y nacionalismo por dos razones: por un lado, hacen técnicamente posible lo que, según Canetti (1995), es la vocación final de toda “masa”: abarcar a la totalidad social (recortada en términos nacionales); o en términos de Anderson (1993), hacen posible la “comunidad en anonimato”. Por otra parte, producen un *plus* nacionalista al “narrativizar”⁴ los encuentros deportivos en función de una retórica nacionalista: transforman la crónica deportiva en épica nacionalista.

Es debido al recorte de público y a la “narrativización” que el periodismo deportivo densifica la dimensión ideológica nacionalista que tiene el fútbol, ya presente en su estructura organizativa y ritual, conformando códigos nacionalizados de recepción de imágenes globales y de producción de programas locales (nacionales), códigos que pautan las formas de consumo/recepción, de encadenamiento histórico y de formación de la memoria.⁵ En fin, los medios de comunicación se

siglo. Por otra parte, el Estado brinda desde hace mucho un importante apoyo no sólo a las selecciones nacionales, sino también a los clubes; los mecanismos son transferencias de fondos, exenciones fiscales diversas, así como tolerancia en el incumplimiento de las leyes laborales. Por ejemplo, los principales clubes son desde hace años deudores morosos de la Caja Costarricense de Seguridad Social. Sin duda, este proteccionismo estatal es una de las razones de peso para que los equipos sigan siendo administrados como clubes y no como empresas. Esto, a su vez, hace que la profesionalización del fútbol no sea plena: en 1986, de una muestra de 59 jugadores remunerados de los clubes más importantes de “primera división”, sólo el 68 por ciento se consideraban asalariados, mientras que apenas el 22 por ciento se dedicaban exclusivamente al fútbol, amén de que sus condiciones laborales eran precarias (“feudales” y “esclavistas”, según Cubillo, 1986). En 1997, el irregular despido de “Badú” Vieira, técnico de la selección, provocó algunos aspavientos del presidente de la República, así como indignadas reacciones de la prensa y la afición; por ejemplo, *La Nación*, en su editorial del 22 de enero de 1997, titulado “Miedo y prepotencia. El fútbol no debe seguir entre la impunidad y el desorden”, exigía que se pusiera fin “al menosprecio del Estado de derecho y de (los) derechos humanos básicos en el orden laboral y judicial”. Las cosas no quedaron ahí: presionado por la opinión pública, el Ministerio Público realizó una intervención de oficio en la federación de fútbol.

⁴ En principio de manera oral y escrita, pero también mediante imágenes, sobre todo en los “complementos del partido” que conforman, junto con éste, los “programas” o “noticias”, y que permiten el encadenamiento narrativo de los eventos en series históricas, lo que otorga continuidad a la comunidad.

⁵ La institucionalización (y ritualización consecuente) del fútbol bajo la forma de competiciones internacionales, propia de la Copa Mundial y un número creciente de campeonatos



articulan con los factores institucionales, ideológico/culturales y tecnológicos que han convertido al futbol en un importante vehículo para movilizar sentimientos de pertenencia y comunión nacional, bajo la forma de lazos irreflexivos a identidades colectivas (cf. Villena, 1998: 103-106).

En este ensayo desarrollaré esas hipótesis y presentaré algunas pruebas en su favor. El pretexto del que me serviré para ordenar el desarrollo de mis argumentos es la reciente despedida de la vida activa futbolística de un jugador costarricense famoso en su país. Analizaré la imbricación entre nacionalismo y futbol en el discurso periodístico emitido a propósito de la ocasión señalada, con el fin de identificar algunas pautas relativas a la forma en que el periodismo deportivo da significado a los espectáculos deportivos como rituales nacionalistas. Mi hipótesis de trabajo es que ese espectáculo futbolístico ha sido funcionalizado por la prensa especializada en deportes como (re)productor de la imagen nacionalista oficial vigente desde fines del siglo XIX, que tiene su expresión en el modelo que se ha denominado “el idilio campesino”. Las fuentes de información corresponden a los periódicos de circulación nacional más importantes.

El labriego “humilde y sencillo” como héroe nacional “tico”

Hace poco, las páginas de los diarios y los encabezados de los noticieros de radio y televisión se concentraron en lo que, por la atención que concitó en la prensa y en general en la sociedad, se podría denominar el gran acontecimiento deportivo de 1998: el retiro del futbol, como jugador, de Mauricio Montero, más conocido como “el Chunché”.⁶ Si bien las despedidas de los astros futbolísticos son usuales en todos los lugares allá donde ese deporte se ha convertido en espectáculo, a la

regionales, así como de campeonatos nacionales, es una condición *sine qua non* para su articulación con el nacionalismo. Las selecciones nacionales cumplen la función de “cristal de masa” (Canetti, 1995) que “representan” a su afición a partir de un principio de pertenencia nacional (ver Villena, 1998).

⁶ Mauricio Montero nació en 1963, en la Argentina de Grecia, provincia de Alajuela situada en el Valle Central de Costa Rica, en el seno de una familia campesina de escasos recursos. Debutó en el futbol de primera división en 1980, en el Club Ramonense, y terminó su carrera en la Liga Deportiva Alajuelense, en 1998. Además de militar en estos dos equipos, formó parte de la selección juvenil entre 1982 y 1983, y de la selección mayor entre 1985 y 1996 (*La Nación*, 13/IX/98: A3). Su fama fue creciendo desde su participación en el mundial de 1990 e intensificándose en épocas recientes. Por ejemplo, entre agosto y septiembre de 1996, la prensa publicó varias notas y cartas de lectores en apoyo al jugador, a raíz de lo que se consideró un castigo injusto impuesto por la federación de futbol. En el programa de producción costarricense de mayor popularidad en la televisión local, “TV Mejenga” (mejenga: tiquismo que designa la práctica



manera de rituales de paso en los que el protagonista principal vuelve –desciende– a la vida “normal”, la del Chunché tuvo un carácter apoteósico, que en mucho y de manera original supera a los escenificados con ocasión de otras despedidas de futbolistas costarricenses destacados realizadas en los últimos tres años, por ejemplo, la de Evaristo Coronado (otro “caballero del deporte”) y la de Enrique Díaz.

La despedida del Chunché inició con una romería por gran parte del territorio nacional, a la cual la prensa escrita y audiovisual dio un seguimiento pormenorizado sin descuidar detalle alguno. Como se observa en las imágenes, en todos los lugares que visitó, Mauricio Montero recibió amplias muestras de simpatía no sólo por parte de los hinchas de fútbol, entre ellos miles de niños, sino por amplios sectores de la sociedad, los cuales fueron eficazmente interpelados por la prensa, puesto que se presentaron puntuales y emocionados a dar su adiós y solicitar un autógrafa a su ídolo.⁷ Incluso, y ya en el límite de lo verosímil-místico del acontecimiento, una anciana campesina expresó que el Chunché le recordaba al mismísimo “Tatica Dios”.⁸

Aun cuando la romería por sí misma fue ya un hecho sorprendente, todavía quedaban cosas por ver: el clímax del acontecimiento tuvo lugar durante el partido de despedida, celebrado (¿casualmente?) la fecha en que se conmemora la fundación de Costa Rica, el 15 de septiembre, en el estadio “Alejandro Morera Soto”, de la ciudad de Alajuela. La multitud que, en ansiosa espera del arribo de su ídolo, abarrotaba las graderías del estadio, fue sorprendida por el alarde principesco de éste, nunca visto entre los deportistas, y ni siquiera entre los políticos locales (incluidos los presidentes de la República):⁹ el Chunché

“callejera” o informal del fútbol), se anunció un baile organizado con el fin de recaudar fondos para pagar la multa correspondiente; en un arranque de filantropía, los organizadores anunciaron también que, con el sobrante, se ayudaría a la familia de un niño que requería una cirugía (ver la nota “Foul a los valores”, de E. Mora, *La Nación*, 13/IX/96). Montero había sido sancionado por no presentarse a la prueba anti-doping.

⁷ El mensaje del Chunché para los niños fue el siguiente: “No quiero despedirme de todos ustedes sin antes decirles que los quiero mucho, que sean buenos con sus papás, que estudien y puedan practicar un deporte. Además, por favor nunca tomen guaro (alcohol)” (*La Nación*, 13/IX/98: E2).

⁸ “La imagen de aquella anciana de Ciudad Neilly, quien boquiabierta se persignó incrédula al ver al futbolista Mauricio Montero pasar frente a su casa encabezando una caravana de autos, fue una de las muchas manifestaciones que dejó su despedida por la zona sur de nuestro país./ Aún con las compras en mano, su blanco delantal amarrado a la cintura y una pañueleta roja que le cubría sus canas, doña Carmen Sibaja miró a su ídolo, y al perderse de vista, atinó a decir: ¡Qué bonito es este muchacho, se me pareció a Tatica Dios con ese pelo largo!, sonrió la anciana, con ojos llenos de lágrimas.” (*La Nación*, 13/IX/98: E1-E2).

⁹ Sería interesante estudiar, desde una perspectiva comparada, los rituales políticos –sobre todo los presidenciales– que se realizan en México y en Costa Rica. La ostentación que caracteriza



descendió al campo de juego en un sustituto moderno de los reales carruajes: un helicóptero.¹⁰

Mientras era recibido con una ovación general que hacía vibrar las estructuras del estadio y el alma de los enfervorecidos hinchas que coreaban a viva voz “Chunche, Chunche... se va, se va”, el héroe era saludado sobre el césped con efusivos abrazos por representantes de muchos clubes (un cronista señala que en las tribunas se veían las banderas de los 12 clubes profesionales costarricenses), lo que recordaba que estaba más allá del bien y el mal, aunque no de la política, como dejaba sospechar la presencia de algunas personalidades, por ejemplo, un sonriente expresidente de la República, quien señalaba a un reportero de la televisión que su presencia obedecía a que había sido invitado especialmente por el Chunche, como aficionado “desde niño” a la Liga Deportiva Alajuelense, club en que el homenajeado vivió sus momentos estelares.¹¹ En esos “orgásmicos” momentos –para usar un término frecuente en el medio–, la televisión intercalaba las imágenes en vivo y directo de lo que ocurría en Alajuela, narradas en primera

a los rituales presidenciales del primer caso, hasta el punto en que el presidente adquiere una dimensión casi divina, contrasta con la modestia propia del segundo, donde la figura presidencial se presenta como una persona común. Todos los signos, incluidas las correspondientes casas presidenciales y las fórmulas de cortesía frente a los mandatarios, hacen explícito este contraste. Sin embargo, pareciera que la figura presidencial está siendo desacralizada en México, sobre todo a partir de la crisis económica y política de 1994. Una aproximación a los rituales electorales en México se encuentra en Lomnitz *et al.* (1995); sobre la figura presidencial mexicana como *tlatoani*, los ensayos de Octavio Paz siguen siendo un referente obligado (ver, por ejemplo, “Crítica a la pirámide”, en Paz, 1995).

¹⁰ El carácter místico de la narrativa ya esbozado por los cronistas al referirse a la “peregrinación” de Montero también está presente al relatar su ingreso al estadio “El robusto físico que le dio la naturaleza, *cayó del cielo* y salió del helicóptero, en el centro del campo de juego, y el público (...) estalló de felicidad” (*La Nación*, 16/IX/98: A36; cursivas mías). De igual manera, muchas notas resaltan el carácter providencial del héroe: narran cómo Montero, al sentirse angustiado por la posibilidad de que lloviera, elevó sus plegarias al cielo. Según Olman Mora, cronista de *La Nación* “La plegaria surtió efecto” (*La Nación*, 16/IX/98: A38); según Antonio Alfaro, de *Al Día*, “Lo escucharon en el cielo. Hasta los santos, con San Pedro en primera fila, parecían involucrarse en la despedida de Montero, con una tarde sin agua como regalo. Al creador le dio la gracias (sic), en la Catedral de Alajuela, por tantos días felices, por aquella despedida.” (*Al Día* 16/IX/98: 22). Pero no sólo la prensa exaltó la dimensión mística del acontecimiento; como lo reporta *El Extra* (16/IX/98: 18), en las graderías del estadio una manta declaraba: “Cuando Dios me lleve te veré desde el cielo”.

¹¹ Entre la lista de invitados por Montero destacan “el presidente de la República, Miguel Ángel Rodríguez, así como los exmandatarios Rafael Ángel Calderón y José María Figueres. También las nadadoras Claudia y Sylvia Poll, además del campeón de motocross Adrián Robert” (*La Nación*, 15/IX/98: A35). Es notable la búsqueda de reconocimiento político, por parte del jugador, que deja traslucir esta lista. Es, asimismo, notable la importancia que los políticos otorgan al fútbol, como evidencia la presencia de un expresidente, aún muy activo en la política, en el acontecimiento que analizamos, sobre todo por tratarse de un día tan importante en el calendario cívico: el día de la independencia nacional.

persona por un imitador de la particular forma de hablar del Chunché, con comerciales en los que el mismísimo héroe incitaba las pulsiones consumistas de sus simpatizantes.

Si este acontecimiento es espectacular por su propio despliegue escénico, por la importancia que le dieron los medios de comunicación y por la presencia activa y masiva de la sociedad tica, lo es aún más cuando retiramos la mirada de la pompa y escarbamos en el curriculum deportivo de Mauricio Montero. Desde un punto de vista estrictamente técnico, las virtudes de nuestro héroe no son, por cierto, las de un astro futbolístico: aun restringiéndonos al propio ámbito costarricense, no es un jugador genio y menos un jugador poeta; con indulgente complacencia podría ser tal vez considerado un jugador excepcional.¹² Nunca vistió la camiseta de un club internacional, aunque ya casi al final de su carrera fue tentado por un club eslovaco (*La Nación*, 18/x/96). Por último, pese a que formó parte de la zona defensiva del seleccionado nacional mayor, con el que jugó 56 “partidos internacionales clase A”, entre los que se cuentan aquellos que Costa Rica protagonizó en el mundial de 1990, su nombre no es especialmente destacado cuando se rememora la mayor epopeya del fútbol nacional: por ejemplo, en una apología de la selección mundialista de 1990 se señala a “Luis Gabelo Conejo, Juan Cayaso, Hernán Medford y el resto de los jugadores...” (Tovar, en *La Nación* del 9/VI/96; ver también “Tiempos de selección, fascículo 8: “Hazaña en Italia”, donde se hace una sola mención a Montero). Estas características de su juego son reconocidas en las propias glosas de su apologética biografía, publicada como libro (ver Alfaro, 1998).

De lo señalado anteriormente, se puede colegir que las razones de la impresionante fama del Chunché no hay que buscarlas principalmente en sus habilidades con la pelota. ¿Dónde entonces? Voy a elaborar algunas hipótesis a partir del análisis del discurso de la prensa costarricense emitido durante la semana de su despedida. Asumiendo que, para que alguien se haga acreedor del favor popular y obtenga fama y honores, es necesario –además de publicidad– que la sociedad

¹² Tomo estas categorías de un reciente libro de Luis H. Antezana (1998: 29-30), quien preocupado por el valor estético y lúdico del fútbol más que por su carácter competitivo, considera que un “jugador excepcional” es aquel de quien se espera, apenas toca la bola, una jugada impecable, sobre todo un perfecto pase, muy posiblemente mortal para el rival; el término connota un sentido de “peligro para el rival”. La categoría de “jugador genial”, por su parte, no sólo connota peligro para el rival, sino una posible jugada inusitada, cargada de habilidad y talento. Finalmente, la de “jugador poeta” connota, como la anterior, una “jugada genial”, pero el “peligro para el rival” pierde sentido, porque todos se aprestan no sólo a admirar lo que viene sino a gozar y reír por el puro placer de jugar. Los ejemplos que el autor sugiere son: Valderrama, Maradona y Garrincha, respectivamente.



reconozca en él o ella la personificación hiperbólica de alguna virtud o valor considerado fundamental para la convivencia comunitaria, sea del orden de lo intelectual, de lo estético o de lo ético, parece apropiado preguntarse, entonces, cuáles son las virtudes sociales que, en el marco de un discurso nacionalista articulado al fútbol, han sido asociadas a Mauricio Montero.

Una revisión de las notas periodísticas del periodo señalado muestran, sin lugar a dudas, que la prensa y la sociedad asignan a ese jugador aquellas virtudes morales que, a partir de las obras fundacionales de la llamada “literatura nacional”, entre las que destacan las de Aquileo Echeverría y Manuel González, se consideran como fundamento básico de la nacionalidad costarricense: la humildad y sencillez del labriego, patriarcal propietario de su tierra y habitante de la meseta central. Como el personaje arquetípico que canonizó la “literatura nacional”, personaje que aún hoy –pese a la crítica fundada que a lo largo de este siglo han realizado destacados intelectuales (para una crítica reciente, ver González, 1994; Bozzoli *et al.*, 1998)– habita el imaginario que se elabora en los medios de comunicación, los desfiles escolares, los “pueblos antiguos” y las fiestas populares (turnos),¹³ el Chunché es un baluarte de los valores que, según la hegemónica ideología oficial, son constitutivos de lo tico: humildad, nobleza, trabajo, entrega y honestidad. Personifica, pues, la inocente pureza del mítico campesino (ver, al respecto, González, 1995: 55-56).

Incluso su apodo, “el Chunché”, término de uso común en Costa Rica para designar con cierto desdén a multiplicidad de objetos materiales, mas no a personas,¹⁴ hace alusión a su rusticidad futbolística y urbana.¹⁵ Por ello, no deja de evocar al clásico “concho”, arquetipo fecundado en la narrativa de Aquileo Echeverría a fines del siglo pasado, el cual tiene amplia vigencia hasta hoy, en tanto representación

¹³ Permanentemente los medios de comunicación transmiten, en producciones dirigidas sobre todo al auditorio local, una imagen romántica del campesino tico, además de una imagen de Costa Rica como “país exótico”, “tropical”, “biodiverso”... En cuanto al mundo escolar, es notable la presencia exclusiva y masiva de niños disfrazados de acuerdo al canon arquetípico del “campesino tico” en los desfiles del quince de septiembre, por ejemplo. También las representaciones de lo “tico” que se hacen en “Pueblo Antiguo” mantienen esta línea.

¹⁴ Según el *Diccionario de Costarriqueñismos* de Agüero, chunché significa “Cachivache, traste, mueble, objeto cualquiera: en general cualquier cosa, concreta o abstracta, definida o indefinida, conocida o no” (1996, 103). Un costarriqueñismo que puede servir como sinónimo es “carajada”, aunque éste se utiliza con más frecuencia para designar objetos abstractos que concretos, que es el caso de chunché.

¹⁵ El origen de su apodo es narrado por un periodista de la siguiente manera:
“Quedó bautizado de por vida, desde aquella entrevista con final jocoso con Manuel ‘Pilo’ Obando, el creador del popular sobrenombre, ayudado por el *folclórico* Montero.
–Bueno, me voy porque si no me deja el bus para Grecia, le dijo Mauricio.

folklórica de lo “tico”.¹⁶ La atribución de rasgos “folclóricos” a Montero deriva en mucho de su particular y pintoresca, costarriqueñísima forma de hablar, entre zopeta y campesino como señaló el psicólogo A. Campos en una mesa de discusión que compartimos sobre fútbol y nacionalismo (Auditorio de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, 24 de septiembre de 1998), acento que, en la línea que adoptaron los defensores de la “literatura nacional” en su debate contra los modernistas a fines del siglo pasado (ver Rojas y Ovaes, 1995), dio lugar a que alguien publicara un “Diccionario de chunchismos” (Godínez, en *Universidad*, 16/VIII/96). Finalmente, en este proceso de proyección de los rasgos del mítico labriego sobre este nuevo héroe urbano no se debe excluir tampoco su fenotipo, que se corresponde con el tipo nacional “racial” imaginado a fines del XIX por aquellos escritores cuyas obras se constituyeron en el canon de la escritura nacionalista: la raza blanca, herencia española andaluza.¹⁷

Así, el Chunché posee, desde la perspectiva de un nacionalismo étnico, los atributos considerados pilares fundamentales de la nacionalidad costarricense: es portador de sus valores y de su ingenua y rústica nobleza; así como de su particular forma de hablar y de su constitución racial. Esta articulación entre la narrativa futbolística y la narrativa nacionalista mediante el discurso periodístico queda totalmente explícita en la siguiente frase: “Se presenta tal cual es –Mauricio Montero–, desnudo de fama y vana gloria, enfundado en su *porte campesino*, aún con rasgos del labriego sencillo descrito por José María Zeledón en nuestro Himno Nacional” (Alfaro, 1998: 9; cursivas mías).¹⁸ La aceptación social de esta articulación fue expresada por un aficionado de “La 12”, la barra “brava” de Alajuela, que el día del partido extendió una manta con la siguiente leyenda: “Como futbolista nos robaste el corazón; como campesino enalteces a tu pueblo” (*Extra*, 16/IX/98: 22).

–¿La casadora? (sic), agregó ‘Pilo’ con una sonrisa.

–No, el ‘chunché’, respondió Montero con una carcajada.”

(Alfaro, 1998: 95; cursivas mías).

¹⁶ Esta conexión entre el Chunché y el “concho” es sugerida por su biógrafo: “Mauricio Montero, en un pasaje sacado de las ‘Concherías’ de Aquileo Echeverría, creció entre el vérolis, el trinar de los yigüiros, los chapulines, el trapiche y la tapa ‘e dulce’”(Alfaro, 1998: 13).

¹⁷ Palmer (1992), ha recopilado algunos textos de fines del siglo pasado, donde los intelectuales nacionalistas realizan verdaderas proezas para hacer que, pese a sus rasgos mulatos, el recientemente canonizado héroe nacional Juan Santamaría aparezca como un representante de la “raza blanca” costarricense.

¹⁸ La letra del actual himno nacional data de 1903 y la música de 1852. Según Amoretti (1995), la letra del himno se inspira en la proclama que el presidente Mora Porras emitiera en 1855, con el fin de convocar a los costarricenses a la campaña contra el filibustero Walker, enfatizando –en la misma dirección que lo hicieron los cultivadores del “género concho”, como llama A. Quesada a los escritores tradicionalistas de fines del siglo XIX– una concepción de la



Sacar la casta... o la herramienta en armas trocar

(Mauricio Montero) “*Este guerrero inlaudicable*, símbolo de la entrega y el sacrificio, con un corazón de león, se presentaba así con orgullo y humildad a su última batalla en el deporte que tanto ama.”

Rodrigo Calvo Castro (*La Nación*, 16/IX/98: A36)

En los discursos del nacionalismo oficial costarricense se atribuye al tico un rasgo adicional a los ya señalados: su virilidad. Esta virtud, se nos dice, no contradice su vocación pacifista, ya que no es un rasgo de debilidad o cobardía: cuando se trata de defender su patria, el tico hace gala de su coraje, troca la herramienta en armas. Si bien el pacifismo —apropiado en el imaginario nacional a principios de siglo gracias al éxito que tuvieron escritores como Omar Dengo frente a los impulsores de un nacionalismo belicista de políticos como Mora Porras (Ovares *et al.*, 1993: 47)—, fue consagrado con la inverosímil abolición del ejército en 1948 y reconocido plenamente a nivel internacional con el premio Nobel de la Paz otorgado al presidente Óscar Arias en 1987 (ver Araya, 1992), el componente épico no desapareció de la ideología nacionalista sino que asumió un conjunto de rasgos particulares que se destacan aún hoy en las celebraciones de la denominada Campaña Nacional, que se realizan el 11 de abril de cada año. Un rasgo esencial de esta épica es que el lugar heroico ha sido reservado no para los “nobles” (léase miembros de la élite), cosa muy común en los nacionalismos de rasgos mesiánicos o despótico ilustrados, sino para los “humildes”: Juan Santamaría, el más importante héroe militar, personifica la proyección de las virtudes campesinas en el campo de batalla (cf. Palmer, 1992, 1993; Ovares *et al.*, 1993).

En un ensayo anterior (ver Villena, 1996) presenté un análisis de la información de la prensa a propósito de la selección nacional, con el fin de mostrar que, en Costa Rica, el futbol es un importante espacio de exaltación del componente sacrificial que se exige a todo miembro de la comunidad, y tal vez el único donde se manifiesta una épica nacionalista puesta en acción, a diferencia de la celebración anual de la Campaña Nacional que tiene un carácter más conmemorativo. Como toda épica, la que circunda al futbol tiene por función reforzar el sentido de pertenencia nacional de los aficionados, polarizando las identidades y otorgando un sentido de transcendencia comunitaria a los representantes nacionales, esto es, a los futbolistas seleccionados (así como a los

patria de corte fisiocrático aderezada de valores cristianos, constituyendo al “labriego sencillo” en la “frase clave de nuestra autoimagen” (Amoretti, 1995: 63).

aficionados, aunque en menor grado y de manera anónima: el jugador número 12 es algo así como el soldado desconocido), a los cuales se les exige una entrega total ofreciéndoles como recompensa un lugar, si no en el panteón de los héroes o en la galería de los deportes, sí en la memoria popular. Esta interpelación nacionalista a propósito de un encuentro de fútbol hace del esfuerzo y la entrega, metonímicamente simbolizada por el sudor que “moja la camiseta”, la sangre que se vierte en el cáliz de la comunión nacionalista. Es la economía moral del sacrificio, también presente en el discurso político (cf. González, *op. cit.*; Palmer, *op. cit.*).

Acorde con la particular épica militar nacional, la épica futbolística costarricense también asigna a sus héroes los rasgos de humildad y entrega: el futbolista que merece un mayor reconocimiento social es, más que aquel que esgrime grandes virtudes técnico-estéticas, el que “saca la casta costarricense”, aquél que se entrega plenamente por la selección, es decir, por el país. Es el caso de Mauricio Montero: como había señalado líneas arriba, aunque se reconoce que sus habilidades técnicas no son extraordinarias, al volver la mirada hacia las notas periodísticas, encontramos que este jugador se ha ganado la estima nacional por su capacidad de entrega, de “mojar la camiseta”, de sacrificio desinteresado. Esa virtud, asociada con su origen humilde, lo acerca de manera notable al héroe nacional Juan Santamaría (ver Palmer, *op. cit.*; Ovares *et al.*, 1993); como el “erizo”, el Chunche está dispuesto a morir o matar por la patria.¹⁹

Su figura es ejemplar porque comulga con aquel discurso para el cual la victoria consiste no en lograr triunfos a toda costa (aunque los triunfos son siempre bienvenidos), sino en hacerlo reforzando los valores considerados constitutivos de lo nacional: la humildad y la virilidad campesina, o como señala un periodista, la “hidalgúa” y el “pundonor” (*La Nación*, 15/IX/98: A35). Como la épica militar del periodo liberal de fines del siglo pasado, la épica deportiva costarricense también establece una continuidad entre virtudes domésticas y vocación de sacrificio patrio. Así, con “manos de tierra” y “alma de león” (Chaves, *Al Día*, 15/IX/98: 26), el campesino humilde de hablar sencillo se convierte en superhombre:

¹⁹ “...el llamado al equipo patrio volvió cuando Montero apenas se recuperaba de una lesión en la rodilla. Un tanto testarudo y otro poco de valiente, ni siquiera lo pensó dos veces para aceptar el reto, rumbo a Italia '90.

“-¿A quién hay que matar?, dijo Montero de entrada, al seleccionador Gustavo de Simmeone.

“Esas cinco palabras le valieron la titularidad en adelante, las pronunció con voz enérgica, dispuesto a morir por la causa. Al que se ponía por delante se lo llevaba en banda.

“Costa Rica requería hombres como él...”(cf. Alfaro, 1998: 67-68).



“Lo felicito por lo que eres (sic), humilde, sincero y además grande. No se retira el Chunché, se retira el Super Hormonas, el Super Ganas, el Super Hombre.”
(Carta de un lector en *Al Día*, 15/IX/98: 26, las mayúsculas son del original).

Así, aunque la conexión no ha sido establecida directamente por ningún periodista deportivo, desde la perspectiva de esta economía moral del sacrificio patrio no es difícil imaginar una proyección histórica que haga del Chunché un equivalente del “erizo”, con su complemento necesario: cualquier “enemigo-extranjero”, con preferencia el histriónico Alexis Lalas, representando el papel del filibustero Walker.

Si, como ha señalado un teórico social, el fútbol es un sustituto simbólico de la guerra (cf. Dunning, en Elias y Dunning, 1996: 268) y el periodismo deportivo costarricense y de muchos otros países se ha esforzado en ofrecer pruebas de ello,²⁰ no parece ser nada casual la notable similitud que se puede encontrar entre las “despedidas” de los ídolos deportivos y los “funerales” de los héroes militares. En ambos casos, se trata de “ceremonias del adiós”, de rituales de paso que establecen una transición entre un pasado glorioso y un futuro legendario. En su despedida, el ídolo deportivo –moderno guerrero– literalmente “muere” como jugador, aunque no como persona. Apenas abandona el campo en el que derramó sus últimas gotas de sudor-sangre, logra la trascendencia histórica y se convierte en leyenda; a partir de entonces, sus hazañas pertenecen al orden de la memoria: ya nadie podrá verle “en vivo y en directo”. Como las palabras de un escritor, su obra está terminada y ya no le pertenece: su postvida deportiva tendrá como escenario único las narrativas ejemplarizantes de la nación.

Esta manera de valorar futbolísticamente al Chunché está acorde con la tradición de ponderar el desempeño de la selección nacional en cualquier disputa internacional en términos morales y cívicos. En esta perspectiva, una derrota deportiva puede interpretarse, y a menudo ocurre así, como un triunfo moral, como lo mostraban los periódicos

²⁰ El caso costarricense es sumamente interesante porque el papel épico del fútbol parece haberse potenciado respecto de lo que ocurre en otros países, en tanto se ha convertido en un sustituto –y no sólo complemento– de la épica militar. Sólo así parece poder explicarse porque, en un país donde el discurso pacifista es tan importante como rasgo identitario, el periodismo deportivo ha apropiado una jerga bélica cuando hace referencia a los encuentros futbolísticos de la selección: los términos “legionarios”, “artilleros”, “trincheras”, etcétera forman parte habitual del discurso deportivo. Por ejemplo, *La Nación*, el periódico de mayor difusión e influencia adoptó durante las eliminatorias para el mundial de 1998 una iconografía con dibujos de soldados atrincherados y fotografías de jugadores seleccionados al lado de cañones, entre otros. Esta militarización del léxico futbolístico llegó incluso a generar un “disgusto diplomático”, debido a que el tercer y nada discreto técnico de la selección nacional declaró que los ticos atacarían la Casa Blanca con toda la artillería y armamento pesado de que disponían.



nacionales al día siguiente del empate que logró la “sele” frente a la selección mexicana en el estadio Azteca (10/XI/97). Aunque con ese resultado Costa Rica quedaba totalmente excluida y en el quinto lugar —de seis— en la tabla de clasificación para la fase final de Francia 98, por la región de la CONCACAF, el periodismo local se consolaba señalando que si bien la derrota era triste, no era tan grave, pues se había perdido “¡Con dignidad!”, como rezaba el titular del periódico *La Nación* (11/XI/97).

Desde luego, este tipo de prácticas pueden interpretarse como un ardid para compensar el efecto causado en la psique de los hinchas por la pérdida de las ilusiones de fáciles victorias prometidas por un periodismo en exceso triunfalista;²¹ que ha demostrado ser un eficaz y, hasta ahora, impune generador de expectativas frustradas con una frecuencia que ya no sólo resulta autodestructiva sino incluso masoquista. Sin embargo, la apelación a los valores morales para ello es ya un indicio de la importancia que los mismos tienen como factores compensatorios, capaces de devolver la autoestima a una entristecida, cuando no enfurecida, hinchada. En la misma dirección pueden interpretarse las respuestas con las que los futbolistas buscan justificar las derrotas que sufren sus equipos: en circunstancias tales, es un lugar común ver en la televisión semblantes unguados de gravedad pronunciando frases canónicas como “dimos todo lo que pudimos” y, por supuesto, “perdimos por un momento de desconcentración” y “son cosas del fútbol”.

Un exitoso labriego como conjuro al miedo a la modernidad

Ahora bien, si se contrastan los rasgos atribuidos al Chunchu con lo acontecido durante el partido de su despedida, surge la pregunta de si la ostentación realizada en esa ocasión no niega por lo menos algunas

²¹ Una semana antes del inicio de la segunda ronda de las eliminatorias para el mundial en la CONCACAF, la selección tica se enfrentó a una selección de Camerún, venciendo 5 a 0. El titular del periódico *El Extra* señalaba, a ocho columnas: ¡QUE VENGA MÉXICO! El domingo siguiente se disputó el partido entre México y Costa Rica, ya por las eliminatorias, con el resultado de 1 a 1. El mismo periódico publicó al día siguiente este titular: EMPATAN GIGANTES DE CONCACAF. Como me comentaba un amigo argentino, habría sido más consecuente que dijera: ¡QUE VUELVA CAMERÚN!. Según la prensa deportiva, sin exclusión aunque con diferencias de grado, era indiscutible que la selección de Costa Rica, caracterizada como “una constelación de estrellas” o “la mejor selección de la historia del fútbol nacional”, estaba clasificada aun antes de que se disputara la eliminatoria. Lo que estaba en juego era quien ocuparía el primer lugar entre Costa Rica, México y Estados Unidos. Canadá, Jamaica y El Salvador, los otros rivales, ni siquiera merecían consideración. El único jugador que se mostró crítico a este triunfalismo fue Hernán Medford, quien les recordó a los periodistas y a la afición que Costa Rica había ido sólo a un mundial (Italia).



de las virtudes señaladas; después de todo, no es fácil evaluar positivamente el descenso del héroe en un helicóptero, a todas luces superflua, en relación con su mentada sencillez y humildad.²² Esta paradoja parece no ser tal si consideramos que en el nacionalismo costarricense, a la vez que existe una creciente nostalgia por la tradición ¿inventada? del labriego sencillo, está presente una fascinación por lo que se considera el factor causante de su extinción: el progreso.²³

Uno de los temores ontológicos más importantes y persistentes de la sociedad costarricense, que puede rastrearse en la literatura desde obras como *Las hijas del campo*, de Joaquín García Monje (1901) hasta *Los peor* de Fernando Contreras (1995), es la pérdida de los valores tradicionales, propios de la familia patriarcal campesina, debido a la modernización, asociada con la vida urbana: desde la perspectiva de la narrativa ruralista, la ciudad —como lo señala Carmen Naranjo— es un espacio de crisis (citada en Rojas y Ovares, 1995: 178).

Desde esa clave de lectura, la epopeya del Chunché se asemeja a la de los personajes de esa narrativa, pues Montero debe salir del campo hacia la ciudad para poder ganarse la vida. Sin embargo, a diferencia de aquellos personajes literarios que trasladan el pesimismo de sus creadores ante las irresistibles fuerzas del progreso, la historia de este hijo del campo (“hijo de la tierra”, según R. Calvo, *La Nación* 16/IX/98: A36) tiene un desenlace opuesto respecto de aquel propio de la literatura nostálgica y en general de las frecuentes reconvenciones del catolicismo conservador: en su caso, la migración del campo a la ciudad no conduce a las temidas e hiperbolizadas descomposición moral y enajenación, condensadas en la imagen de la campesina prostituida, sino que hacen posible el éxito material sin renunciar a la virtud moral. Por eso, tan importante como destacar sus rasgos de origen es hacer referencia a sus logros: él es de origen sencillo, campesino, y ha logrado el éxito en la vida por sí mismo (el concepto de éxito que está implícito en este discurso queda simbolizado de manera impecable por el helicóptero).

Pero, lo fundamental en esta perspectiva, es que ha obtenido el triunfo no a costa sino gracias a su humildad, la cual resulta por lo

²² La única nota periodística que advierte este contraste señala: “Si la sencillez de Mauricio le valió admiración en sus 18 años de carrera, la despedida de ayer fue todo lo contrario: espectacular, fastuosa y complicada” (*La República*, 16/IX/98: A28). Las actividades de Montero incluyeron una noche en la suite presidencial de un hotel de lujo, su traslado en volanta (carroza) a la catedral de Alajuela, su traslado en limusina al estadio y, finalmente, su descenso en helicóptero. Ya dentro del estadio, le fue dedicada la canción mexicana “El rey”, interpretada por el mariachi “Mariachi Nacional”! (sic).

²³ Sobre la contribución a la formación de la identidad nacional de la construcción de uno de los símbolos fundamentales del progreso, el ferrocarril, ver Murillo (1996) y Palmer (1993); sobre la mitificación de las computadoras, ver Araya (1998).

mismo fortalecida: cuando a Mauricio Montero le preguntaron por el momento más importante de su carrera, él señaló, como destaca la prensa, no algún instante de fugaz gloria deportiva, sino el momento en que pudo comprar una casa para sus padres (*La Nación*, 13/IX/98: E2). De igual manera, cuando le interrogaron acerca del momento más difícil de su vida, señaló la impotencia que sentía al no poder ayudar a su hija con las tareas de la escuela, porque no sabía leer ni escribir (comunicación personal de un informante que se declaró amigo del Chunché).²⁴

Esas conmovedoras respuestas condensan un discurso moral ejemplificador que no permite dudas sobre la humildad y nobleza del personaje ni, por contraparte, sobre su éxito. Más aún, deja también vislumbrar un camino de salida a la paradoja señalada anteriormente: en la historia de Mauricio Montero la tradición y el progreso no se oponen sino que se fortalecen mutuamente. La moraleja detrás de esta narrativa ejemplarizante parece ser que la vida en la ciudad no necesariamente socava los valores tradicionales, sino que, si se es fuerte y perseverante, permite reforzarlos: la ciudad no es escenario de la muerte por abandono de la solidaridad y la familia sino una fuente de oportunidades; es gracias a ella que Mauricio Montero pudo comprar una casa a sus padres y —se sugiere— ayudar a su hija con las tareas escolares. En esta melodramática historia de final feliz queda fortalecida aquella institución que, en la ideología nacionalista oficial, es considerada central como representación sinecdótica de la sociedad costarricense: la familia patriarcal.

Siguiendo los análisis de Rojas y Ovares (1995) que muestran la importancia que tiene en el discurso literario nacional “la casa”, no sólo como escenario privilegiado de las virtudes atribuidas a la familia campesina idílica, sino también en tanto patrimonio material familiar, se puede intuir que el reforzamiento de la familia que ejemplifica la historia del Chunché se refiere tanto a la solidaridad intergeneracional como a la reconstitución de uno de los elementos fundamentales señalados como requisito del bienestar familiar y la ciudadanía plena: la pequeña propiedad.

En suma, la historia del Chunché tiene un valor ejemplificador porque deja vislumbrar la posibilidad de reconstitución urbana del paraíso, sino perdido, por lo menos amenazado. Su contribución al forta-

²⁴ Esta información sobre la escolaridad de Montero no coincide con la presentada por Alfaro (1998), donde se narran sus aventuras escolares, aunque sí se señala que llegó sólo a sexto grado; sin embargo, en el mismo libro Montero se autodefine como “un campesino sin estudio” (*ibid.*: 99). Se la incluye, empero, porque pone de manifiesto una exaltación del origen pobre de Montero, ya en el margen de la leyenda.



lecimiento del modelo nostálgico de nacionalidad es notable: de nueva cuenta, las virtudes nacionales, las que se exigen a los ticos para ser tales, son las virtudes domésticas, familiares y privadas, antes que las virtudes públicas o políticas (ver Ovares *et al.*, 1993); es la “domesticidad” hecha virtud pública (cf. González, 1995). De esta forma, la narrativa periodística alrededor del Chunchu parece haber encontrado la posibilidad de conjurar uno de los temores ontológicos fundamentales de los adalides del nacionalismo melancólico: el miedo al progreso y a la modernización.

En este discurso, Montero aparece como una proyección de los rasgos arquetípicos del humilde labriego hacia las masas urbanas: es la prueba de que, si se mantiene la sencillez y la humildad, la sociedad costarricense puede “modernizarse” fortaleciendo sus rasgos constitutivos, sus valores *esenciales*; en esta visión, el progreso no sacrifica ni redime al campesino, sino que lo consagra.

Pero la nostalgia no está ausente en el acontecimiento que nos ocupa; el Chunchu, como el mítico campesino, es una especie en extinción: es “el último caudillo” (Alfaro, 1998), el “último ídolo” (*La Nación*, 16/IX/98: A36) o, como señala con pesimismo un aficionado, el último que “se parte el alma por la selección”, por lo que “ya nunca iremos a un mundial” (M. Fuller, en *Al Día*, 15/IX/98: 26). Desde luego, estas declaraciones cumplen una función que es fundamental en todo ritual comunitario: dramatizar el peligro de disgregación, con el fin de sensibilizar y movilizar a la sociedad para que, recuperando los valores constitutivos mediante una cruzada moral, conjure la “crisis que carcome a la patria” (*La Nación*, 15/IX/98: A36).²⁵ Este razonamiento, paradójicamente, hace de los valores morales tradicionales, antes que de la técnica, la ciencia o la estética, el motor del progreso nacional.

Epílogo: el labriego sencillo como superhéroe de masas

“(Debido a la despedida de Montero) De ahora en adelante (el 15 de septiembre) no sólo (sic!!!) será el Día de la Independencia”

Alfaro (1998: 106).

En Costa Rica, la práctica y afición al futbol, iniciada como parte de las transformaciones sociales y culturales que experimentó el país desde los tiempos gloriosos del liberalismo decimonónico y articulada a

²⁵ Luis Alberto Monge, en uno de sus discursos como presidente de la República, señaló: “Hemos sostenido la tesis de que las virtudes y valores que nos han permitido superar tránsitos difíciles y aciagos son de origen rural. Y son esas virtudes y valores lo que han hecho la grandeza

la política a sólo diez años de la primera noticia existente sobre su práctica, tiene una larga historia como ritual cívico nacional. La despedida del Chunche, de la cual me he ocupado aquí, es el capítulo más reciente de una serie de exaltaciones nacionalistas de corte populista ligadas al fútbol que empezó en 1921 y alcanzó su punto máximo en 1990.

El análisis del discurso periodístico emitido a propósito de la apoteósica despedida de Mauricio Montero del fútbol profesional como jugador ha permitido profundizar algunas hipótesis sobre la función de “centro ejemplar” que, desde una perspectiva nacionalista nostálgica, cumple el fútbol en Costa Rica. En lo principal, he argumentado que la simpatía popular, manifestada como una identificación social hacia este jugador, responde en mucho a que la prensa deportiva al referirse a este *héroe local* realiza una exaltación-personificación de ciertos atributos morales que la mitología nacionalista ha consagrado como arquetípicos del “tico”, así como de su faceta triunfadora. La narrativa periodística, al hiperbolizar la presencia simultánea de esos atributos, ha constituido a Mauricio Montero en una figura ejemplar que permite reconciliar en el imaginario nacionalista dos mitos fundacionales que hasta ahora parecían opuestos: la tradición y el progreso, la movilidad social guardando fidelidad a los orígenes. Esa narrativa, cargada de elementos retóricos de cuño épico y melodramático, produce condiciones emocionales para una identificación entre ese arquetipo y los sectores interpelados, “sujetificando” a los habitantes de estas tierras, incluidos los propios futbolistas, en los términos delimitados por la ideología nacionalista oficial.²⁶

Así, en Costa Rica, el fútbol y los discursos que lo circundan, refuerzan la construcción/reproducción de la nación sobre rasgos específicos y canónicos: ese deporte ha sido convertido en un espacio de reproducción cotidiana del mito del idilio campesino, el cual articula a la vida urbana a través de la actualización del mito de la movilidad social. Los periodistas deportivos, convertidos en baluartes de la nacionalidad, *buscan* las *verdaderas* virtudes ticas en los campos de fútbol;

y la gloria de nuestra nacionalidad. Nuestra misma ejemplar democracia es de raíces rurales. Necesitamos *buscar* esas raíces para fortalecerlas” (1985; citado por González, 1985: 55, cursivas mías).

²⁶ El éxito en esa interpelación explicaría porqué la simpatía popular hacia el Chunche es más amplia y densa que la que se profesa, por ejemplo, hacia Claudia Poll, quien, al haber obtenido la única medalla de oro olímpica que ha logrado sumar Costa Rica en su historia, es la que mayor gloria deportiva le ha dado al país. Me parece que esto se debe no sólo a que el fútbol es un deporte más popular que la natación, sino también, y quizá sobre todo, a que la identificación con la “ondina nacional” es menos probable en tanto no posee (al menos no lo reconoce así la prensa, como lo sugiere su silencio al respecto) los rasgos constitutivos del arquetipo nacional: es mujer y, al no ser de origen popular, está inhabilitada para personificar el mito del ascenso social.



creyendo encontrarlas, no hacen sino inventar ídolos que las personifican, contribuyendo a estructurar las representaciones sociales, a imaginar la nación, en torno a un “mundo rural” paradisíaco que se considera en peligro de extinción: es la nostalgia por los orígenes míticos. Al exaltar las virtudes morales del “labriego sencillo” no sólo como un referente identitario sino como valores “ejemplares” actuales, el discurso del periodismo deportivo contribuye a la constitución de sujetos nacionales en función de un modelo de interpretación de la sociedad como una “familia católica”. Esta narrativa, como el discurso político, produce una reducción ideológica de la complejidad del mundo, que tiene el efecto epistemológico de simplificar la realidad representada generando la impresión de que ésta es inteligible en términos de cotidianidad (ver González, 1985), haciendo de las virtudes privadas el fundamento exclusivo del orden social. La particular interpelación nacionalista que hace no pretende constituir ciudadanos críticos y participativos, *homo politicus*, sino esposos e hijos bondadosos dispuestos a sacrificarse por la familia y por la patria. Sin embargo, la recurrencia a un lenguaje épico (cuando no bélico) y machista de corte moralizante contribuye a reproducir comportamientos violentos y modelos estereotipados y conservadores de la sociedad.

Pareciera que, como ocurría a principios de siglo, cuando los ticos daban la espalda a rituales religiosos para poder deleitarse con el fútbol, los de hoy se alejan de los rituales cívico-escolares para acudir, directa o a través de los medios de comunicación, a los estadios. Pero si bien entonces el fútbol era parte de un proceso de secularización de los días festivos y del tiempo libre inscrito en la lógica racionalizadora y disciplinadora del liberalismo (cf. Urbina, 1996), la religión del fútbol que hoy se practica parece explicarse por la necesidad de reencontrar el espíritu de la tribu. Tal vez porque la mayor parte de la gente no encuentra una mejor manera de ser y sentirse *verdaderamente* tico que presenciando partidos de fútbol, es que este deporte espectáculo sigue gozando de tanta aceptación, pese a la debacle de la “constelación de estrellas” en el camino rumbo a Francia ‘98.

Para finalizar este artículo, presentaré unas breves reflexiones de carácter comparativo sobre la transformación de los ídolos deportivos en héroes banales del nacionalismo populista en algunos países de América Latina. Los discursos periodísticos en torno al fútbol y, en general, sobre el deporte cumplen la función de espacio generador de imaginarios nacionales en muchos países, al punto que algunos deportistas han sido convertidos en verdaderos iconos de la nacionalidad. Sin embargo, cada caso presenta sus propias particularidades: es decir, la recurrencia al deporte como espacio generador de sentimientos nacionalistas no siempre implica un mismo estilo de imaginar la nación.

Por ejemplo, como el discurso periodístico argentino analizado por Archetti (1998), así como por Alabarces y Rodríguez (1996, 1998), el periodismo deportivo en Costa Rica también establece una continuidad entre el “campo”, como espacio rural donde se forja la nacionalidad, con el “campo” de fútbol, así como una continuidad entre los héroes bucólicos y los ídolos deportivos. Este verso, que glorifica la trayectoria del Chunchu como un tránsito “del campo a la cancha y de la Patria al mundo” (Chaves, *Al Día*, 15/IX/98: 28), recuerda sin duda al *pibe*, personaje mítico del fútbol argentino, que va del “potrero” –que a su vez evoca la pampa– al (estadio y de ahí al) “mundo” (Archetti, 1998).

En ambos casos, los ídolos deportivos personifican a héroes preexistentes de la mitología nacionalista que vagan por los discursos periodísticos en busca de actores que representen su epopeya para las masas urbanas, ansiosas de movilidad social a la vez que nostálgicas por un pasado supuestamente idílico: gracias a la prensa deportiva, el *concho* y el *gaucho*, que son uno y lo mismo con el paisaje nacional, con el valle central y la pampa, con la tierra, renacen en los estadios, sobre la hierba.

Sin embargo, aunque también es un personaje liminal porque está entre el campo y la ciudad, entre la tradición y la modernidad, entre la niñez y la vida adulta, el Chunchu tiene una característica que lo hace radicalmente diferente del *pibe*: no es un personaje rebelde, pícaro, malicioso, poco respetuoso del orden establecido y que, en esa medida, hilvana genialidades con los pies y hace declaraciones que resquebrajan la mitología nacionalista oficial. Si bien comparte con el *pibe* ciertos rasgos de “infantilidad”, como se connota al hacer referencia a su continua risa y carácter humorístico, eso ocurre sólo fuera del campo de juego: en la cancha, el Chunchu es un hombre de verdad, cuando no un superhombre. Así, es un personaje que cuando es niño es bueno y obediente, y cuando es adulto, es un ejemplo de sacrificio patrio. En ambos casos, es un personaje ejemplar y funcional al orden establecido.

El *pibe* por el contrario, es un verdadero niño sólo cuando juega; su espíritu juguetón, indisciplinado y rebelde, le otorga la libertad necesaria para la creación y la genialidad. En él no se admira su fortaleza física (por el contrario, ésta es con frecuencia caricaturizada), sino su “maña”, su capacidad para el *dribbling*, para la gambeta; su prototipo es el gordito Maradona o, cruzando la frontera, el rengo Garrincha. Para él la cancha no es un campo de batalla, sino un lugar para jugar; no hace la guerra, se divierte; no derrama sudor, ríe. A diferencia del Chunchu, que proyecta sus virtudes morales sobre el campo de juego, el *pibe* es un chico malo que extiende su rebeldía futbolera hacia su vida privada, haciendo de la transgresión un estilo de vida que hace estallar a menudo el escándalo. Por eso, no es un superhéroe; es de la estirpe de los antihéroes. No se le admira por sus virtudes morales,

como al Chunché, sino por sus transgresiones. Maradona y Garrincha no son un ejemplo moral para nadie; son poetas malditos que ponen en entredicho el discurso moralista que circunda al deporte.

Bibliografía

- Agüero, Arturo (1996), *Diccionario de Costarrriqueñismos*, Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, San José.
- Alabarces, Pablo y Graciela Rodríguez (1996), *Cuestión de pelotas. Futbol/deporte/sociedad/cultura*, Atuel, Buenos Aires.
- (1998) “Futbol y patria. La crisis de la representación de lo nacional en el futbol argentino”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, núm. 10 (<http://www.sirc.ca/revista/>), mayo de 1998, Buenos Aires.
- Alfaro, Antonio (1998), *Piso de tierra. El adiós del último caudillo Mauricio Montero. Relato autobiográfico de un ídolo*, impresión comercial, San José.
- Amoretti, María (1995), *Debajo del canto*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Anderson, Benedict (1993), *Imagined communities*, Verso, Londres.
- Antezana, Luis H. (1998), *Un pajarillo llamado Mané. Notas al pie de su futbol*, Plural, La Paz.
- Araya, María del Carmen (1992), *Discurso democrático y pacifista y problemas de legitimidad en Costa Rica*, tesis de Maestría, FLACSO, México.
- (1998) “Informática y cultura nacional”, documento inédito.
- Archetti, Eduardo (1998), “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del futbol argentino”, en *Nueva Sociedad*, núm. 154, marzo-abril de 1998, Caracas.
- Billig, Michael (1998), “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1/98, México.
- Bozzoli, M. E., E. Ibarra y R. Quesada (1998), *12 de octubre, día de las culturas. Costa Rica, una sociedad pluricultural*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Canetti, Elías (1995), *Masa y poder*, Alianza, Madrid.
- Carballo, Reinaldo (1990), *El lenguaje no verbal del futbol*, tesis de licenciatura en Comunicación, Universidad de Costa Rica, San José.
- Cubillo, Mayela (1986), *El futbol, una perspectiva sociológica*, Alma Mater, San José.

- Elias, Norbert y Eric Dunning (1996), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Enríquez, José (1996) “Las fiestas cívicas en San José (1825-1930)”, en *Temas de Nuestra América*, núm. 25, Heredia.
- Geertz, Clifford (1990), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Buenos Aires.
- _____ (1994), *Observando al Islam*, Paidós, Buenos Aires.
- González Ortega, Alfonso (1995), *Costa Rica, el discurso de la patria*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Gutiérrez, Natividad (1998), “Arquetipos y estereotipos en la construcción de la identidad nacional de México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1/98, México.
- Habermas, Jürgen (1989), *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, México.
- Hobsbawm, Eric (1997), *Naciones y nacionalismos desde 1870*, Crítica, Barcelona.
- Láscaris, Constantino (1994), *El costarricense*, Educa, San José.
- Lomnitz, Larissa et al. (1995), *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*, FLACSO-Porrúa, México.
- Murillo, Carmen (1996), *Identidades de hierro y humo. La construcción del ferrocarril al Atlántico 1870-1890*, Editorial Porvenir, San José.
- Ovares, F., M. Rojas, C. Santander y M. E. Carvallo (1993), *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Palmer, Steven (1992), “Sociedad Anónima, Cultura oficial. Inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)”, en I. Molina y S. Palmer, eds., *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, Porvenir-Plumsrock Mesoamerican Studies, San José.
- _____ (1993), “Getting to Know the Unknow Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, 1880-1900”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 25 part 1, febrero de 1993, Londres.
- Paz, Octavio (1995), *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rojas, Margarita y Flora Ovares (1995), *100 años de literatura costarricense*, EUNA, San José.
- Smith, Anthony (1997), *La identidad nacional*, Trama Editorial, Madrid.
- _____ (1998), “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1/98, México.
- Urbina, Chester (1996), *El fútbol en San José. Un estudio histórico social acerca de su origen (1989-1921)*, tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, San José.



Villena, Sergio (1996), “Futbol, mass media y nación en Costa Rica”, en AA.VV., *Futbol e identidad nacional*, FLACSO Sede Costa Rica, Serie Cuadernos de Ciencias Sociales núm. 91, San José. Publicado también en *Lecturas: Educación física y deportes. Revista digital*, núm. 10 (<http://www.sirc.ca/revista/>), mayo de 1998, Buenos Aires, _____ (1998), “El futbol como ritual nacionalista”, en *Ecuador debate* núm. 43 (Número especial dedicado a “Futbol, identidad y política”), abril, Quito.

Fuentes periodísticas

La Nación

“Tiempos de Selección”, Suplemento especial de *La Nación*, en 12 fascículos.

La República

Extra

Al Día

Universidad